Biblios. Revista electrónica de Ciencias de la Información, vol. 7, núm. 23, 2006, pp. 1-8.

Responsabilidad social del bibliotecario en América Latina: Un [fallido] intento de ensayo.

Civallero, Edgardo.

Cita: Civallero, Edgardo (2006). Responsabilidad social del bibliotecario en América Latina: Un [fallido] intento de ensayo. *Biblios. Revista electrónica de Ciencias de la Información, 7* (23) 1-8.

Dirección estable: **http://www.aacademica.org/edgardo.civallero/96**

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. *Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: http://www.aacademica.org.*

Responsabilidad social del bibliotecario en América Latina: un [fallido] intento de ensayo

Por
Edgardo Civallero
(Argentina)
Universidad Nacional de Córdoba
edgardocivallero@gmail.com

A Túpac Amaru
Ni cuatro caballos callaron tu grito

Parte 1. Una historia entre nieblas

"Del mar los vieron llegar mis hermanos emplumados,
y eran los dioses barbados de la profecía esperada (…)
Pero los dioses ni comen ni gozan con lo robado,
y cuando nos dimos cuenta, ya todo estaba acabado.
Se nos quedó el maleficio de brindar al extranjero
nuestra fe, nuestra cultura, nuestro pan, nuestro dinero"

"Maldición de Malinche". Canción mexicana.

El escritor uruguayo Eduardo Galeano tituló a unos de sus más famosos libros "Las venas abiertas de América Latina". Sólo aquellos que han visto de cerca la realidad social latinoamericana comprenden que no usó una metáfora. Los pueblos de este enorme continente ocultan, tras su natural alegría, pasión y entusiasmo, centenares de heridas abiertas que nunca terminan de cerrarse.

Antes de la llegada de los europeos a territorio americano, las sociedades aborígenes –muchas de ellas conformando altas y riquísimas culturas- no vivían precisamente en paz y armonía. Las "leyendas rosas" divulgadas por escritores, historiadores y movimientos indigenistas latinoamericanos distan mucho de reflejar la realidad, dura y conflictiva, en la cual vivían esas sociedades, y que es propia de cualquier grupo humano en cualquier punto del planeta. Se mataba y se moría por poder, se dominaba y se conquistaba, se invadía y se explotaba.

Sin embargo, la conquista europea trajo a América un esquema social, económico y político que perduró por siglos y que sumió al continente entero en las sombras: el colonialismo.

Basado en la coerción militar, en la negación cultural, en la abierta y violenta eliminación de poblaciones completas, en la destrucción sistemática de estructuras socio-ambientales, económicas, productivas y políticas pre-existentes, la conquista y

colonización de América logró someter a millones de personas a un régimen que rozó el esclavismo, conformando, a la vez, una élite poderosa que dirigía los destinos de individuos y territorios de acuerdo a sus intereses materiales.

Generalizar es una equivocación, y creer en esta "leyenda negra" como en algo absoluto sería tan erróneo como dar crédito a su par "rosa". Cientos de culturas originarias sobrevivieron hasta nuestros días, y en muchos aspectos, los sistemas locales y extranjeros se fusionaron en forma inigualable, dando lugar a nuevas identidades regionales que asumieron lo mejor –y lo peor- de sus predecesoras. Millares de individuos lucharon por la justicia y el bienestar de sus sociedades, y muchos llegaron al sacrificio propio en aras de sus ideas de libertad e igualdad.

Sin embargo, las bases de una característica estructura social estaban sentadas: élites europeas o europeizadas de comerciantes y políticos terratenientes, educados y conservadores, descollaban sobre una enorme base de campesinado indígena, negro, mestizo y mulato que se ocupaba de hacer producir las tierras que, antaño, pertenecieran a sus ancestros.

Parte 2. ¿Independencia?

"Oíd, mortales, el grito sagrado:
Libertad, libertad, libertad…"

Himno Nacional Argentino

El minero andino, el campesino centroamericano, el gaucho pampeano o el esclavo de las plantaciones compartían un mismo origen y un mismo destino: extraer beneficios de la tierra y de las manufacturas e industrias, beneficios que irían a parar a los cofres de las clases altas. La falta de educación, de formación y de instrucción básica de estas mayorías era notable, y les impedía, por cierto, acceder o planificar un futuro mejor, o buscar caminos alternativos, aunque nunca dejaron de intentarlo: durante los tres primeros siglos de ocupación hispana, las rebeliones populares fueron violentísimas, y los resultados, tristemente dramáticos.

Los primeros libros editados en América eran catecismos católicos usados para la evangelización de los pueblos locales, y gramáticas de lenguas indígenas empleadas principalmente para traducir tales catecismos. Se dominaba con la espada y se amansaba con la cruz, y con el Libro se enseñaba a poner la otra mejilla a gentes que no fueron consideradas como seres humanos –y por ende, sujetos de derecho, no esclavizables- por las leyes españolas hasta mediados del siglo XVII. Los libros llegados desde Europa –difusores de las ideas en boga en aquel continente- eran bienes escasos y muy preciados, y fueron los que comenzaron a difundir, a fines del siglo XVIII, ideas revolucionarias en los estratos alfabetizados de las sociedades latinoamericanas.

Fueron los criollos –españoles nacidos en América- los que iniciaron las rebeliones contra el poder imperialista ibérico. Miembros de una clase media acomodada, educada y liberal, y movidos por las ideas de la Revolución Francesa (y por serios intereses propios), estos individuos encendieron la hoguera idealista y combativa que haría arder el continente entero durante la primera mitad del siglo XIX y que desembocaría en la constitución de los actuales estados nacionales independientes.

Sin embargo, y si bien la educación, la imprenta y el libro se extendieron, y con ellos la alfabetización, la cultura, el desarrollo y la recuperación de tradiciones regionales, los eternos oprimidos siguieron en su sitio. Se habían liberado de muchos yugos, ciertamente, pero las nuevas sociedades nacionales –que pronto olvidaron sus ideales igualitarios y libertarios y crearon nuevas élites de poder extranjerizadas- continuaron manteniéndolos en la misma situación. Incluso se los despreciaba, en comparación con la refinada cultura europea: lo tradicional y popular era una tosca curiosidad; la realidad campesina era vulgar e inferior; los reclamos laborales, rebeliones de pobres desgraciados; las reacciones violentas, bandidaje que debía ser duramente castigado…

Docenas de movimientos populares se levantaron en América desde finales del siglo XIX hasta nuestros días, especialmente cuando el poder –que siguió siendo siempre sirviente leal de poderes europeos y norteamericanos- era tomado por manos militares. Los campesinos, los desposeídos, los intelectuales, los idealistas y muchísimos sacerdotes, todos ellos se agruparon en torno a grandes figuras que hicieron historia y que fueron, lentamente, implantando algunos cambios definitivos. La instrucción, entretanto, se propagaba de la mano del libro, la escuela y la biblioteca, y no sólo se difundió cultura, sino nuevas ideas, cortando cadenas y esposas, descubriendo ojos y oídos, eliminando mordazas y liberando mentes de ataduras seculares.

Surgieron los grandes héroes populares: Zapata, Sandino, Preste, Torres, Guevara, Castro… y miles de luchadores anónimos que cayeron en los combates o que desaparecieron en las épocas turbulentas de dictaduras y guerras sucias. También surgieron los que lucharon con el canto, la palabra y las ideas: escritores, músicos, poetas, pintores…. Todos ellos reflejaron el alma del pueblo, de un pueblo dolido que nunca aprendió a rendirse.

La historia siguió su curso, lenta e inexorablemente, y las estructuras, de una u otra forma, intentaron mantenerse. Las voces nunca callaron, aunque fueran silenciadas con balas y torturas, o amordazadas con censuras y destierros. Nunca callaron porque el sufrimiento y la injusticia nunca cesaron. Cinco siglos igual: nuevas formas y protagonistas para viejas estructuras.

Hoy, nuevos vientos soplan sobre Latinoamérica, y si bien las potencias extranjeras continúan colocando su bota sobre el cuello del continente, y las clases dominantes pretenden seguir manteniendo las tradicionales formas de poder, dominio y opresión, los movimientos populares y progresistas –de obvia tendencia izquierdista- están tomando las riendas de los destinos nacionales y cambiando, lentamente, el panorama social y el curso de los acontecimientos. Las tendencias sociales latinoamericanas, su progresivo giro político hacia formas socialistas, el pago de las deudas externas y la creación de alianzas regionales internas demuestran la clara voluntad de crear una fuerte identidad política y social propia, basada en la realidad popular del continente.

Parte 3. De problemas y soluciones

"Esos sueños de estafa y de saqueo,
ese gusto por el oro y esas ansias de poder
son el cáncer que aún enferma al heredero,
es la historia de una tierra condenada a padecer…".

Ricardo Arjona. "Carabelas"

América –la protagonista de toda esta historia- es un continente vigoroso, con una producción intelectual y creativa imponente y avanzada, con industrias propias y recursos inmensos. Pero, socialmente, es un continente eminentemente rural y campesino, aunque gran parte de su población se hacine alrededor de grandes núcleos urbanos, viviendo en condiciones precarias, entre la pobreza y la marginalidad a la que estas gentes intentaban escapar cuando dejaron el campo, la selva o las montañas. La realidad social es demasiado compleja como para reflejarla en unas pocas líneas, pero, básicamente, las ciudades exhiben poblaciones marginales que subsisten en niveles alarmantes de pobreza, y los espacios rurales son territorios a los que escasamente se presta atención en su faceta humana.

Los problemas son los mismos: en las ciudades, falta de trabajo, exclusión social, ausencia de educación y planificación familiar, delincuencia, drogadicción, pérdida de identidad, violencia…; en las áreas rurales, problemas sanitarios, analfabetismo, pérdida de la cultura local, pobreza y desnutrición, explotación laboral, violación de derechos y discriminación de minorías. La ausencia de programas de alfabetización, educación, formación laboral e información legal y sanitaria es un problema existente en ambos ámbitos, y se plantea como uno de los principales desafíos de los gobiernos nacionales, que sienten la brecha digital en sus propios territorios (y fuera de ellos) al enfrentarse con una Sociedad del Conocimiento y la Información que jamás detiene su frenética carrera, y que nunca espera por los rezagados.

Esto no significa que no existan, en América Latina, iniciativas y propuestas institucionales valiosas y exitosas al respecto. Por el contrario, las experiencias de desarrollo social (puntualmente, las educativas y bibliotecológicas) llevadas a cabo en todo el continente son impresionantes, y se destacan por su creatividad, sus excelentes logros y, sobre todo, por la obtención de grandes resultados con ínfimos recursos. Tampoco debe pensarse que la totalidad de la población latinoamericana está sumergida en la crisis y enfrenta estos problemas: las situaciones conflictivas y de carencia existen, pero están focalizadas, y si bien su solución es ardua y compleja, no es imposible.
El trabajo social más urgente está dirigido a paliar el hambre, las enfermedades y la violencia, a mejorar las condiciones ambientales y la vida comunitaria (con especial énfasis en mujeres y niños) y a implementar proyectos de desarrollo de base para generar alternativas válidas de crecimiento local.

La solución de lo urgente, sin embargo, no significa el olvido de lo importante. Aunque quizás los esfuerzos nacionales se hayan concentrado siempre en la solución de una inmensa urgencia, posponiendo eternamente lo importante.

¿Pueden el libro y la biblioteca cambiar algo de esta problemática de siglos? Por supuesto. Evidentemente, el libro y la educación no sacian el hambre hoy, pero son

instrumentos indispensables si se pretende saciar esa hambre en el futuro. En principio, pueden recuperar identidades locales en plena desaparición, culturas minoritarias destruidas y tradiciones orales que se pierden a diario. Pueden suministrar dos herramientas básicas para toda comunidad o pueblo que desee crecer: la lectura y la escritura. Pueden informar sobre como solucionar problemas básicos de salud y medio ambiente, o como defender derechos y asumir deberes. Pueden apoyar la educación media y superior, brindar instrumentos para la creación de pequeñas industrias o de destrezas laborales. Pueden proporcionar elementos que muchos pueblos no tuvieron en cinco siglos de historia. En especial, pueden seguir cortando cadenas y liberando mentes. No son la cura milagrosa para todos los problemas, pero son el detonante de esa cura… si son correctamente empleados.

La responsabilidad social del bibliotecario se centra, precisamente, en este "correcto empleo". El explosivo desarrollo de las bibliotecas y las ciencias de la información, del libro y de las TICs a nivel internacional, ha demostrado que el ser humano puede gestionar su saber en una forma tremendamente eficiente y obtener de ello grandes beneficios. Pero, por varias razones, esto no ha ocurrido en los países "en vías de desarrollo".

¿Por qué? Muy probablemente, por falta de "correcto empleo".
En principio, es preciso considerar que la distribución de recursos y bienes en Latinoamérica es terriblemente desigual. En extensas zonas de muchos países del continente no existe una sola biblioteca ni recursos para crearlas (y son, evidentemente, las zonas que más las necesitan). Y las inversiones que se realizan –cuando se realizan- se hacen sin considerar previamente las características y las necesidades del destinatario. Es frecuente ver donaciones gubernamentales de varias computadoras en centros comunales de poblaciones mayoritariamente analfabetas, cuando ese dinero podría haberse invertido mejor en libros y campañas de alfabetización.

En segundo lugar, suelen importarse, de países "avanzados" y "desarrollados", herramientas y modelos de trabajo que no se ajustan a las necesidades y características del usuario final. Y es normal que todo implante extraño sea rechazado por el receptor. Pocas veces tales modelos se adaptan a las realidades nacionales, regionales o locales antes de ser implementados, y, por ende, su fracaso suele ser estrepitoso.

Y en tercer lugar, la propia responsabilidad social de los bibliotecarios aún no está plenamente desarrollada, aunque se encuentren, por doquier, ejemplos que rayan en el heroísmo. La educación bibliotecológica –con raras excepciones- contempla pobremente los aspectos populares y sociales de la profesión (esto no ocurre sólo en Latinoamérica, pero quizás aquí sea más necesario, y, por ende, esta ausencia se note más) y no suele ocuparse de las bibliotecas "de trinchera". Estas quedan en manos de profesionales que se sienten aislados, pero que luchan valerosamente por completar o mejorar su formación y por generar, con recursos casi inexistentes, servicios que respondan a las imperiosas necesidades de su comunidad.

Parte 4. Responsabilidad social

"El uno por ciento quiere esto torcer,
el nueve por ciento tiene el poder.
De lo demás, el cincuenta solo come
y el resto se muere sin saber por qué".

León Gieco. "Los Salieris de Charly".

La toma de responsabilidades sociales por parte de los bibliotecarios (tanto en América Latina como en el resto del mundo) no comienza ni acaba en la expresión de magníficas opiniones, en la escritura de largos artículos (como éste) ni en la asistencia a congresos y conferencias internacionales sobre derechos y responsabilidades en la Sociedad de la Información. Es un buen intento, y quizás ayude a aclarar algunas ideas y a despertar algunas inquietudes, pero no dejan de ser, a la postre, más que inmensas colecciones de palabras, que suenan y suenan mientras, a lo largo y ancho del planeta, el dolor continúa.

La responsabilidad social tampoco significa la inversión de grandes cantidades de dinero y tecnología en países que no disponen de los mismos. Esto sirve, normalmente, sólo para limpiar la conciencia de los poderosos y borrar sus sentimientos de culpabilidad, pero, en la realidad, solo cambia momentáneamente (o quizás ni eso) la situación… Es como construir un lujoso rascacielos sobre una ciénaga: el edificio es ciertamente hermoso, pero todos conocen el destino que le espera cuando los fastuosos discursos, aplausos, brindis y agasajos de inauguración terminen.

Desde el punto de vista de cualquier país –pero especialmente desde los países latinoamericanos- asumir responsabilidades sociales implica la toma de decisiones propias, sin esperar que profesionales y "gurúes" extranjeros digan qué hacer y cómo actuar. Pues usualmente esas mentes brillantes –a pesar de sus buenas intenciones- desconocen la realidad y se basan únicamente en teorías socio-políticas estudiadas en cómodas aulas de cómodas universidades, muy lejos de los problemas. Y tales teorías no suelen llevarse bien con la realidad.

La responsabilidad social comienza por reconocer que el trabajo empieza en casa. Cada profesional tiene un deber ético para con su propia sociedad, donde quiera que trabaje, donde quiera que desee y quiera ayudar. La ayuda externa, las teorías, los largos artículos y las buenas ideas pueden colaborar; pero el detonante es reconocer que cada profesional tiene ese deber; que se debe a su comunidad, a su región, a su país, a su cultura y a su gente; que el cambio –pequeño, ínfimo- es posible, y que esa posibilidad está en sus manos.

A partir de ese punto, hay que sumergirse en el problema, conocerlo, saber quién es esa gente, cuales son sus necesidades reales y sus expectativas de futuro, cuáles son sus recursos y sus posibilidades, y cuál es el mejor camino para ellos… *según ellos*. No se trata de ser héroes con grandes soluciones salvadoras: eso será rechazado o terminará fracasando. Se trata de olvidar las estadísticas y de conocer el lado humano de la historia, de usar *observación participante, investigación-acción, descripción densa* e *historias de vida* y olvidar las cifras oficiales. Se trata de integrarse en el problema, de

sentirlo en la propia carne y en la propia piel. Y luego, se trata de proporcionar soluciones desde un punto de vista de *desarrollo de base*: ¿qué se necesita? ¿qué se desea hacer? ¿cómo hacerlo? ¿con qué objetivo? ¿qué futuro se desea construir? ¿sirve lo que se tiene o lo que se quiere dar?

Y las soluciones… jamás cambiaran toda la realidad. Cambiarán fragmentos, facetas, pequeñas porciones… Y eso ya será un milagro. Conviene aceptar esta situación desde el principio: las grandes soluciones no existen, no funcionan. Una realidad histórica no puede modificarse en unos pocos meses. Ni siquiera en años. El problema está en los cimientos, y, lamentablemente, es difícil cambiar esos cimientos rápidamente sin destruir el edificio completo. Evidentemente, las perspectivas revolucionarias opinan que sí. Pero el empleo de violencia, el derramamiento de sangre de hermanos, el dolor de las pérdidas y las derrotas deberían evitarse. A veces funcionan, a veces son necesarios como válvula de escape para el dolor y la humillación de un pueblo sojuzgado por siglos, herido y maltratado. Pero pocas veces puede construirse algo nuevo sobre cimientos teñidos de sangre y llenos de cicatrices. Por ende, es preferible un lento –pero vigoroso y constante- trabajo de sustitución de ladrillos de los viejos cimientos, reemplazándolos por estructuras nuevas y firmes.

Las soluciones deben ser pacientes y constructivas. Se trata de dar las herramientas que la comunidad necesita, de enseñar su uso (el "correcto empleo") y de acompañar a los destinatarios en el camino del desarrollo, para que estos instrumentos realmente funcionen y beneficien. Se trata tan solo de eso: ayudar y acompañar suavemente, amigablemente. Puede ser un trabajo de años, pero es la única forma de que funcione, y de que cambie algo. Miles de pequeñas experiencias en todo el continente avalan esta idea.

Y la ayuda extranjera debería asumir otras formas: apoyo a proyectos concretos, en especial a los de desarrollo de base; envío de grupos de trabajo que deseen *involucrarse total* y *personalmente* en el terreno con propuestas realistas; o soporte académico, tecnológico e ideológico solidario a iniciativas populares. El financiamiento no siempre sirve: el dinero imita la felicidad, pero no la hace. A la larga, los fondos se acaban y el problema sobrevive. No es una solución satisfactoria. Tampoco las donaciones, que suelen sonar a limosnas (o serlas) cuando no se realizan en forma concreta a una situación determinada. La ayuda exterior debe asumir una forma respetuosa, comprometida y realista… o no existir.

Parte 5. Una especie de conclusión

"No te quedes inmóvil al borde del camino,
no congeles el júbilo, no quieras con desgana.
No te salves ahora ni nunca. No te salves.
No te llenes de calma.
No reserves del mundo sólo un rincón tranquilo.
No dejes caer los párpados, pesados como juicios".

Mario Benedetti. "No te salves"

Todas las palabras que se digan sobre la responsabilidad social del bibliotecario (o de cualquier otro profesional) son bellas, pero, si no se basan en un conocimiento profundo de la realidad a la que se refieren, o si no están vinculadas a trabajo real, carecen de significado, y por ende, son inútiles más allá de la intención emotiva o espiritual. Las ideas progresistas o de izquierda tienen buenos objetivos, pero éstos se demuestran mejor con hechos que con palabras, y, sobre todo, con una verdadera mente abierta, que vaya más allá del dicho y se comprometa con la acción real.

Hay mucho por hacer, y no es tan difícil. Sencillamente, hagámoslo. La propuesta es dura y complicada: probablemente, deberemos involucrarnos en situaciones sociales violentas, dolorosas y desagradables; deberemos ser testigos de tristezas y problemas; quizás deberemos viajar kilómetros sin otra ayuda que nuestra propia voluntad; deberemos cambiar nuestra propias creencias, ideas y estructuras mentales, éticas y sociales; y, sobre todo, deberemos aprender de nuevo, por completo, nuestra profesión, las teorías que nos enseñaron en clase, las herramientas, los métodos…

Todo ello, por un cambio que quizás nunca llegue, por un resultado que quizás nunca obtendremos. Pero estaremos apoyando a un pueblo que lleva luchando mucho tiempo, que nunca olvidó, que necesita de manos para levantarse nuevamente y para reconocerse libre e independiente, por una vez en su historia, de todas las manos que lo han mancillado a lo largo de siglos. Un pueblo que soñó y derramó su sangre por esa libertad siempre postergada. Un pueblo que sigue recordando a los héroes que lo conmovieron con sus actos e ideales. Un pueblo febril y apasionado como pocos, que desea el progreso pero pocas veces encuentra el camino o las puertas abiertas. Un pueblo con proyectos que, como todo grupo humano, también cae. Un pueblo prisionero de su historia y su realidad, dueño de una cultura riquísima, de un patrimonio ancestral y de muchísimos recursos, recursos que hoy alimentan las arcas y el desarrollo de otros….

Vale la pena intentarlo. Basta dar el primer paso y tender la mano: un enorme continente la necesita y la espera.